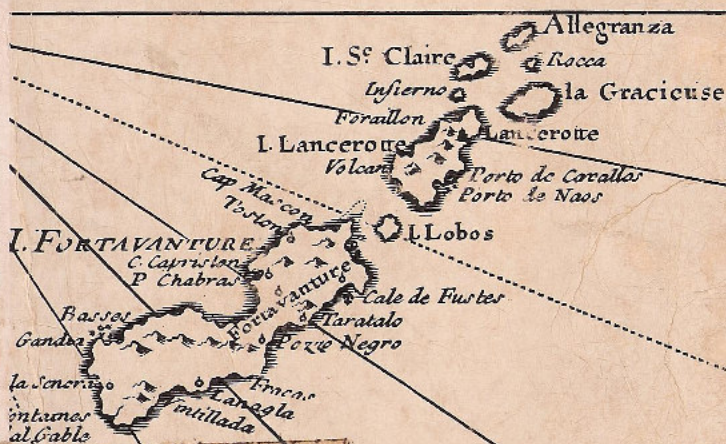


RIES.
Navigateurs.
de la

I JORNADAS DE HISTORIA DE FUERTEVENTURA Y LANZAROTE



TOMO II ARQUEOLOGIA, ARTE Y LITERATURA

HOMENAJE A
FRANCISCO NAVARRO ARTILES

LOS PETROGLIFOS DE TINDAYA
(FUERTEVENTURA)
CONSIDERACIONES SOBRE SUS PARALELOS E
INTERPRETACION

DEMETRIO CASTRO ALFIN

I. INTRODUCCIÓN

Los petroglifos y otras manifestaciones de arte rupestre constituyen una de las facetas más complejas de la desconcertante prehistoria canaria, conocidos y estudiados desde hace más de un siglo sin que, no obstante, haya hasta el momento ninguna conclusión sólida sobre su naturaleza, orígenes y cronología. Contribuye a ello la relativa variedad de las inculturas cuya diversidad ratifica lo heterogéneo del complejo cultural de cada isla. Como señala el profesor Beltrán, que ha venido ocupándose reiteradamente de este tema en los últimos tiempos, «los petroglifos canarios... corresponden tipológica y técnicamente a varios grupos muy bien diferenciados, lo que viene a resumirse en que ni siquiera el hallar solución para el problema de los orígenes y cronología de los grabados de una isla puede servirnos para general aplicación a los de las demás»¹; todo ello sin perjuicio de evoluciones y transformaciones locales que en cada isla modificarían cada tipo de grabado en relación a sus posibles prototipos².

Hasta el presente se han hallado y publicado grabados existentes en cuatro islas: La Palma, el Hierro, Gran Canaria y Lanzarote, a las que hay que añadir los de Fuerteventura —de los que tratamos aquí— y Tenerife, donde tenemos localizadas varias inculturas que estudiamos desde hace años y publicaremos en breve. De este modo, sólo la Gomera queda, por ahora, ajena a estas manifestaciones. En cuanto a la densidad de las estaciones con grabados los contrastes son notables. Las más numerosas se hallan, sin duda, en La Palma, con 28 lugares que totalizan más de seiscientas unidades; el Hierro tiene cuatro, con varios centenares de grabados; Gran Canaria veinticinco, de entre ellos el de

¹ BELTRAN, 1971; 133.

² BELTRAN, 1974; 35-36.

Balos contiene más de doscientos signos y grupos de figuras; por último Lanzarote cuenta con un solo ejemplo. Dada la variedad formal de los grabados se han propuesto varias clasificaciones, todas ellas basadas en criterios exclusivamente tipológicos, ocasionalmente con alguna indicación cronológica, pero nunca con referencia a técnicas, situación, etc.³ Para nuestro actual propósito tal clasificación no presenta particular interés, bastándonos con resumir la ofrecida por Beltrán⁴, quien distingue hasta seis tipos de manifestaciones en el arte rupestre canario:

- a) Figuras humanas con diferente grado de esquematismo. Sólo han aparecido en Gran Canaria.
- b) Figuras animales. Un único ejemplo (evidentemente tardío) en el barranco de Balos, Gran Canaria, donde hay representado un équido.
- c) Figuras geométricas complejas: espirales, laberintos, círculos o semicírculos simples o concéntricos, meandros, serpentiformes, «rosetas», etc. Hay ejemplares de este grupo en Lanzarote, La Palma y el Hierro (raros ejemplares en el Júlán).
- d) Figuras geométricas simples o aisladas: círculos u óvalos cruzados por diámetros. Se hallan en el Hierro, Gran Canaria, Lanzarote y La Palma.
- e) Pinturas geométricas decorativas de colores diversos. Es el caso de la Cueva Pintada de Gáldar, Gran Canaria, y algunos otros lugares de esta misma isla.
- f) Inscripciones alfabéticas de tipo líbico. Se encuentran en el Hierro, La Palma y Gran Canaria.

En cuanto a la cronología, procedencia y analogías de tales inculturas las teorías barajadas son controvertidas, en particular en relación a las de tipo geométrico, características de La Palma y similares a los petroglifos galaico-portugueses, bretones e irlandeses⁵, por lo que el problema sigue abierto. Nuevos hallazgos y su posible ampliación a todas las islas contribuirán a proporcionar datos más sólidos y abundantes con los que abordar su solución.

³ V. gr. ALVAREZ DELGADO, 1949; 433-36. DIEGO CUSCOY, 1963, etc.

⁴ BELTRAN, 1971; 113, y 1975; 211.

⁵ SERRA y MATA, 1940-41; SERRA y WÖLFEL, 1944; ALVAREZ DELGADO, 1949; 439-40; DIEGO CUSCOY, 1955; 22-23; PELLICER, 1974; 151; BELTRAN, 1971; 1974; 1975; 217. Una exposición divulgadora, 1978.

II. LOS GRABADOS DE FUERTEVENTURA. ANTECEDENTES

Hace un siglo que empezó a hablarse de inscripciones en Fuerteventura, dándose noticia de dos diferentes en el plazo de pocos años, ninguna de las cuales ha llegado localizada a nuestros días ni ha sido estudiada con rigor, por lo que hay que mantener una cierta reserva sobre la veracidad de las mismas. Ambas fueron dadas a conocer por Berthelot, el pionero de la arqueología canaria, tan meritorio en su labor como crédulo con sus informantes y precipitado en sus conclusiones, recogiendo datos que le proporcionaron dos corresponsales suyos en la isla. La primera parece haber sido hallada en 1874 por Luis Benítez de Lugo, marqués de la Florida, en el curso de unos trabajos agrícolas en una finca de su propiedad situada en el barranco de La Torre. De las imprecisas noticias del hallazgo parece deducirse que la inscripción, en una lápida incompleta, estaba enterrada. Según Berthelot se trataba de «un fragmento de inscripción lapidaria con signos grabados, que ofrece semejanzas notables con los de la isla del Hierro»⁶. Sin embargo, Benítez de Lugo falleció en 1877 sin hacer mayores precisiones sobre su hallazgo y el artículo del estudioso cónsul francés en el que daba noticia del mismo no apareció hasta el año siguiente.

En Julio de ese mismo año, 1878, un ilustre majorero, Ramón F. Castañeyra, escribía a Berthelot relatándole el resultado de las investigaciones que sobre las «antigüedades de Fuerteventura» había emprendido por indicación suya. Entre otros hallazgos y exploraciones consignó el efectuado en el mismo barranco de La Torre, «sobre las ruinas de una antigua habitación», de «una piedra de apariencia granítica, de un metro de largo por 50 cm. de ancho y 8 de espesor, con un graís muy fino y [que] presenta en su superficie signos grabados de caracteres desconocidos», añadiendo Berthelot que el tipo de escritura «parece, por la forma» semejante a la piedra dada a conocer por el marqués de la Florida⁷.

A los dos hallazgos hizo alusión en idénticos términos al publicar en 1879 las *Antiquités Canariennes*⁸, añadiendo la descripción de otro objeto recogido en aquél mismo sitio por el marqués en 1874: una cáscara de simiente de fruto con algunos signos grabados. Incluyó, igualmente, un dibujo de la losa grabada descubierta por Castañeyra y remitida por éste.

⁶ BERTHELOT, 1878: 260.

⁷ Idem: 262.

⁸ BERTHELOT, 1879: 220-23, también CHIL, 1876-80, II: 289-96.

Unos años después, otro investigador francés, Verneau, volvió a referirse a las dos inscripciones de Fuerteventura sin hacer otra cosa que repetir lo ya conocido⁹, pues él no llegó a verlas directamente y dispuso tan sólo de dibujos enviados por Castañeyra, por los cuales considera inexactas las reproducciones de Berthelot.

Finalmente, en 1883, el propio Castañeyra publicó un resumen de los informes por él enviados a Berthelot sobre sus hallazgos en Fuerteventura, incluyendo una nueva reproducción de la inscripción que encontró, observando que entre sus caracteres «hay algunos que guardan semejanza con los que aparecen en la inscripción celtíbera de Castellón de la Plana, conservada en el Museo Arqueológico Nacional, y en las piedras escritas del camino de Douglas en la isla de Man»¹⁰.

Esta parece ser la última referencia directa a las famosas inscripciones lapidarias de la Torre, a las que después solo ha habido confusas alusiones. Lo cierto es que los originales —que según las descripciones de los descubridores eran manejables y transportables— no han aparecido jamás. En una copia del manuscrito original de Castañeyra del artículo citado, que debo a la amabilidad del investigador mayorero Francisco Navarro Artiles, se incluye como apéndice una relación de «Objetos enviados a El Gabinete» [Científico de Santa Cruz de Tenerife], cuyo número 12 y último es «una piedra con letreros encontrada en La Torre». Los restantes objetos llegaron al Gabinete y, con sus fondos fueron a parar al actual Museo Arqueológico de Tenerife como una de sus colecciones matrices¹¹, y donde se hallan expuestos hoy la casi totalidad de los reseñados por Castañeyra, pero no la inscripción. Tampoco ninguno de los cuatro bloques de piedra grabados que forman parte de la Colección Verneau en el Museo del Hombre parecen responder a las inscripciones de Fuerteventura, que no hay más remedio, a la vista de los hechos, que dar por apócrifas.

En este sentido parece oportuno pensar que tal vez su entusiasmo traicionase a ambos descubridores. Por aquellos años acababan de darse a conocer los hallazgos de Padrón de inscripciones alfabetiformes en el Hierro¹² que debieron originar una cierta fiebre de descubrimientos epigráficos, haciendo ver inscripciones donde no las había o inventándolas si llegaba el caso como fue el de la peregrina inscripción de Anaga por Manuel de Ossuna y Van Den Heeden¹³.

⁹ VERNEAU, 1882: 273-79 y 285.

¹⁰ CASTAÑEYRA, 1883: 171-72 (dibujo n.º 2).

¹¹ DIEGO CUSCOY, 1973.

¹² BERTHELOT, 1876. F.C., 1876

¹³ OSSUNA Y VAN DEN HEEDEN, 1877 y 1898.

De cualquier manera, el hallazgo que motiva estas páginas poco tiene que ver en forma y contenido con lo que puede deducirse de las referencias de Berthelot, Verneau y Castañeyra. Si las dos inscripciones de La Torre existieron realmente hay que suponerlas, en principio, afectas a una tradición distinta a la de los grabadores de Tindaya, que nos ocuparán de inmediato.

III. SITUACIÓN Y CARACTERÍSTICAS

La montaña de Tindaya es un cono volcánico sálico, no muy antiguo, que con 397 m. de altitud se levanta solitario al N.O. de la isla de Fuerteventura (fig. 2 y Lám. I, 1). Está constituido por una traquita bandeada y rodeado de escorias y coladas de volcanes escudiformes que se extienden hacia la llanura del Esquinzo, en el O. y sin relación con las estructuras geológicas próximas¹⁴. Al E. y en frente se alza una sucesión de tres notables elevaciones, de S. a N.: Montaña de la Muda, con 389 m.; Montaña de Enmedio, con 532 m. y Morro Tabaiba con 525 m. De esta manera, Tindaya viene a ser el vértice superior de un triángulo en el que se inscribe un ancho valle atravesado por la carretera de La Oliva a Puerto del Rosario, que es la mejor vía de acceso al lugar de referencia. En el Km. 17 se toma una desviación a la izquierda que lleva al caserío de Tindaya, situado al pie de la montaña. Esta es abrupta y la ascensión es más practicable por el lado E., aún siendo muy escarpado. En esta ladera se han arrancado bloques para su empleo en construcción, y aparece desnuda de toda vegetación. Por el contrario, la vertiente O., que da directamente al mar sin ningún accidente intermedio en los seis Kms. que separan la costa, está completamente cubierta de líquenes. Debido a su elevación y por alzarse en medio de la llanura, la montaña de Tindaya resulta sumamente llamativa y desde su cumbre se domina una extensa zona del ángulo N.O. de la isla¹⁵.

El topónimo «Tindaya» es de indudable procedencia aborigen¹⁶. Dentro de la propia isla de Fuerteventura se cita el valle de *Tindayejas*, en Jandía, y en la vecina isla de Lanzarote es bien conocido el topónimo *Timanfaya*, de análoga estructura y fonética. No es arriesgado ver en ambos casos una raíz común *Tim*—; esta forma, con una —*E* eufónica enclítica (*Time*), es voz muy extendida en la toponimia de varias

¹⁴ HAUSEN, 1967: 21 y 27-28.

¹⁵ Sobre el lugar, MADOZ, XII: 241, y XIV: 1760. OLIVE, 1860: I.174.

¹⁶ WÖLFEL, 1965: 826.

islas y se ha interpretado como término aborígen con el significado de «risco» o «barranco»¹⁷.

El conjunto de grabados se halla situado en la vertiente oriental; en la occidental, los líquenes a que ya se ha aludido son tan profusos que impiden ver con facilidad la roca. Un examen detenido, sin embargo, no permite advertir ningún indicio de grabados.

IV. DESCRIPCIÓN DE LOS GRABADOS

Resulta imprescindible para nuestro objeto abordar, aún de forma concisa, las características formales de las inculturas. El conjunto se halla emplazado en la cima del cuchillo de Tindaya, en una serie de pequeñas cornisas de la vertiente E., a lo largo de una extensión de aproximadamente 250 m., grabados en las paredes, en vertical, o en bloques horizontales y en el propio piso rocoso de la cima, frecuentemente en las porciones de roca de tonos más oscuros. En varios casos se han desprendido por exfoliación bloques de tamaño considerable, cayendo por la pendiente y conservando grabados en una o varias de sus caras, a veces en la que ha quedado contra el suelo, y al ser estos bloques con frecuencia inamovibles por su volumen y peso, no hay duda de que fueron grabados antes del desprendimiento y caída. En otros casos, por el contrario, es evidente que se grabó sobre bloques ya desprendidos. Este hecho pudiera proporcionar, tal vez, un principio de datación, si resultara posible para los geólogos determinar cuando se produjo el desprendimiento de los distintos bloques.

La localización y primer estudio del conjunto se efectuó en Octubre de 1977. Al lugar nos condujo el vecino de la Oliva Pedro Carreño Fuentes, que había advertido años atrás los motivos más evidentes. En los trabajos efectuados participaron Paloma Martínez Moros y Patricia Capriles, del Departamento de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid. Por la precariedad de medios y dificultades de transporte del material adecuado sólo se efectuaron una serie de calcos limitada, copiándose y fotografiándose, con luces y películas distintas, la totalidad de las inculturas diferenciadas. Del hallazgo dimos una primera noticia verbal en una charla celebrada a los pocos días en el Salón de Actos del Cabildo Insular de Fuerteventura, y preparamos una memoria que, leída por mi maestro el Dr. Almagro Basch, fue destinada a su publicación en la Revista *Trabajos de Prehistoria*, donde sufrió curio-

¹⁷ ALVAREZ DELGADO, 1942; 5. NAVARRO ARTILES, 1981; 253.

sos extravíos y dilaciones que finalmente me determinaron a retirarla. Aparecieron entre tanto algunas comunicaciones sobre el conjunto de grabados que de esta manera fue conocido. Falta, no obstante, una publicación satisfactoria del conjunto que aborde las múltiples cuestiones relativas al mismo.

Los grabados se disponen en más de veinte paneles, algunos con varios motivos. La pátina es desigual, siendo más intensa en los situados hacia el S.E. y en la cima de la montaña, mientras el trazo de los situados en la vertiente E. es más nítido, pero también es este el lugar más abrigado y mejor protegido. Los trazos están efectuados por repicado, con una anchura media de 0,5 a 1,50 cm., y profundidad variable pero siempre acusada.

El motivo más común lo constituyen óvalos y rectángulos generalmente pareados o geminados, conseguidos trazando las líneas de su contorno. La casi totalidad de los rectángulos presentan en uno de sus lados menores cinco trazos cortos y paralelos entre sí, lo que da al conjunto la apariencia de un pie, algo esquemática pero inconfundible. No hay duda de que éste es el motivo dominante en Tindaya, el pie humano, bien sea aislado, en pares o en agrupaciones de pares, a veces en complejas asociaciones. Las dimensiones de estas figuras podomorfas son variables, pero la longitud media viene a ser de 20 cm. Parece haber una constante en la orientación N.O. de una buena parte de los grabados de pies pero en la mayoría no puede advertirse una orientación determinada.

Alcanzando casi la cima se hallan los primeros ejemplares del conjunto, dispuestos en sentido S.-N. Se trata de rectángulos cruzados por diagonales, realizados sobre lajas horizontales con trazos poco nítidos. A escasa distancia, en un nivel ligeramente superior, se encuentra un conjunto algo menos borroso. Hay en él trazos sueltos, tal vez de una figura que no se terminó de perfilar o perdida en parte, de escasa longitud (1,4 y 3,5 cm.). Junto a estos trazos hay una figura compuesta por otros dos paralelos, de 11 y 7 cm. de longitud respectivamente y 1 cm. de anchura, separados entre sí 9 cm. y que se unen en un extremo por una línea incompleta de 9,5 cm. En conjunto se trata de una impronta de pie incompleta. Es similar a otra próxima, formada por un rectángulo de 21 x 10 cm., uno de cuyos lados menores presenta cuatro líneas perpendiculares hacia el interior del rectángulo de unos 4,5 cm. de longitud y separados entre sí de 2 a 3 cm. Al lado de esta figura hay otro rectángulo de lados irregulares, uno de los cuales, ligeramente curvado, sobresale por un pequeño apéndice o trazo. Junto a ella hay otra figura análoga a las dos anteriormente: rectángulo de 28 x 9,5 cm. con trazos perpendiculares en uno de los lados menores, algo deteriorado en parte.

Se trata, evidentemente, de una impronta de pie humano. Por último, una figura de apariencia extraña y única en el conjunto de Tindaya, se trata de una línea quebrada de cuatro trazos, en uno de cuyos extremos se produce un engrosamiento triangular. En total mide unos 25 cm. (Lám. I, 2).

A dos metros del conjunto anterior hay una figura aislada constituida por dos rectángulos desiguales y adosados por uno de sus lados mayores. Sus dimensiones son de $18,50 \times 14,50$ y su trazo bastante ancho, de 1,50 a 2 cm. Uno de los rectángulos tiene en uno de los lados menores cuatro apéndices a trazos cortos que sobresalen de 4,5 a 6 cm. (Lám. I, 3). Algo similar es la figura inmediata, constituida igualmente por dos rectángulos unidos en parte de uno de sus lados mayores. Sus dimensiones son de 21×8 y $21 \times 9,5$ cm. No presentan apéndices ni ningún otro tipo de trazos (Lám. I, 4). Inmediatamente encima se advierte parte de una figura muy borrosa que pudiera ser de forma análoga.

Prosiguiendo hacia el N. se entra en la zona de mayor densidad del conjunto. De entre los grabados de la misma resalta uno efectuado sobre un bloque desprendido, posiblemente una vez ya grabado, y retenido en su caída por la vertiente gracias a un repecho. Se trata de cuatro rectángulos adosados, o tal vez de un único rectángulo de $42,5 \times 20$ cm. dividido por tres líneas separadas entre sí 10 cm., que delimitan de este modo cuatro rectángulos. Cada uno de ellos presenta en uno de sus lados menores cinco trazos de unos 4 cm. de longitud y separados entre sí 3 cm. La apariencia general es de dos pares de pies (Lám. I, 5). Este motivo del pie humano en pares se reitera aquí varias veces. Muy próximo al grabado descrito hay otro efectuado sobre una losa horizontal. Nuevamente se trata de dos rectángulos unidos por uno de sus lados mayores. De uno de los otros dos lados salen trazos lineales paralelos de unos 3 cm. y separados entre sí 2 cm., como los lados del rectángulo se prolongan también, el número de dedos figurados de este modo es irregular, pero la apariencia de dos plantas de pies o huellas humanas es inequívoca (Lám. II, 1).

A veces este motivo del par de huellas se altera, uniéndose con rectángulos o en conjuntos más complejos, que dan la impresión de que el grabador no fue capaz de repetir el modelo (Lám. II, 2). En otras ocasiones, las plantas se unen en grupos de dos o más pares con desigual acabado (Lám. II, 3). Un ejemplo especial es el de un bloque desprendido que por una de sus caras presenta cerca de una veintena de improntas, con y sin dedos marcados, y en otra cuatro, dos con dedos y otras dos sin ellos. En otro caso, en un grupo en el que se encuentran dos improntas claras y completas, dos rectángulos irregulares unidos, sin

apéndices ni salientes, hay un motivo peculiar: tres rectángulos unidos, con anchuras de 13,11 y 12 cm., respectivamente, y con más de 2 cm. de anchura en los trazos. Uno presenta cinco apéndices lineales que sobresalen por uno de los lados menores, otro dos y el tercero tiene cuatro grandes trazos de unos 11 cm., de factura irregular que sobresalen por el lado opuesto.

En suma, este motivo del pie, normalmente asociado o pareado, es general en el conjunto de Tindaya. En su realización se observan dos variantes: una en que los dedos se forman por trazos que sobresalen de uno de los lados menores, quedando fuera del área delimitada por las líneas que forman el rectángulo: en este caso las mismas líneas suelen prolongarse dando lugar a alguno de los dedos, de modo que a veces su número es anómalo (Lám. II, 4). En otros casos, más raros, los trazos que figuran los dedos están englobados en el conjunto del rectángulo (Lám. I, 2).

Aparte de este motivo hay otros menos frecuentes: óvalos, rectángulos con trazos que sobresalen en diversos sentidos (Lám. II, 5. Lám. I, 2); rectángulos y óvalos adosados (Lám. II, 6). Este tipo es más frecuente en vertical, sobre la pared rocosa, y uno de los lados menores de uno de los rectángulos es manifiestamente curvo. Un caso especial es el del motivo compuesto por un anguliforme que tiene al lado un trazo recto vertical. Se halla en una pared lisa muy visible, tiene unos 22 cm. de longitud, con una apertura de 11, y está separado del trazo recto, que mide 19 cm., por 14 cm. Recuerda vagamente a algunos signos alfabéticos conocidos en otras islas, aunque pudiera tratarse del mismo motivo del rectángulo incompleto, o de otro motivo particular, pues los trazos, que son de 1,5 a 2 cm. son nítidos y bien señalados, sin que se haya intentado añadir nada más a la figura, que en todo caso parece demasiado grande para tratarse de signos alfabéticos.

En la ladera próxima al conjunto de grabados, dispersado por el arroyamiento, se recoge en superficie algún material arqueológico. Se trata fundamentalmente de fragmentos cerámicos decorados, conchas pulidas y algunas patelas. Hay también restos de hogueras. La cerámica responde, por su factura y decoración, al tipo habitual en la isla, aunque en este caso es especialmente fina, con pasta muy depurada (fig. 3). Las conchas pulidas son igualmente conocidas entre los restos arqueológicos aborígenes, sin que se haya determinado su finalidad y significado. Las patelas, los restos de comida, son así mismo, habituales en todos los sitios arqueológicos isleños. Los restos de hogueras, muy destruidos, no pueden adscribirse al mismo complejo, pudiendo ser muy recientes y debidos tal vez a cazadores.

V. ANALOGÍAS Y REFERENCIAS

No faltan las analogías y paralelos extrainsulares, más o menos estrechos, para los signos que se acaban de examinar. En muy distintas zonas del Africa noroccidental y del Sahara, así como en Europa, hay múltiples ejemplos de figuras pediformes. Refiriéndose a un signo de Aït Onazik interpretable como una representación de sandalia o como un signo vulvario, Camps¹⁸ advierte sobre la dificultad que se plantea con frecuencia para dar con la identificación exacta de ciertos símbolos grabados, advertencia que pudiera hacerse extensiva a algunos ejemplos que aquí sugerimos, aunque en la mayoría de los casos las similitudes son muy acusadas y las interpretaciones seguras.

En el Atlas se hallan varios casos, recogidos por Malhomme en su *Corpus*¹⁹. Contornos de pie y óvalos hay en Koudiat El Movissiera (n.º 37, 44, 59); Oukaïmeden, con impronta de sandalia (n.º 101); en Aougdad N'Ouagons con dedos irregulares (n.º 276) y suela con indicación de tacón (n.º 280); en Igoudname des Aït-Inzel, además de ejemplos de una sola impronta (n.º 405), hay varios casos de pares asociados (n.º 408, 409, 393, 407); en Lalla Mina Hammu, etc. Puede también considerarse el guerrero esquemático de Yagour, con detalle de un pie con tres trazos que representan los dedos²⁰. En Cabo Cantín hay un conjunto de tres pies humanos asociados a una impronta de mano y herraduras de caballo o anguliformes²¹.

Múltiples ejemplos hay en la rica estación del Oued Lar'ar dada a conocer por Lhote²². Se halla junto a Hadjart-m'Guil, entre Beni-Ounif y Aïn-Sefra, y allí se encuentran junto a más de un centenar de carros de diversos tipos (con dos y cuatro ruedas, y de uno, dos o tres timones), animales y otros símbolos, cuarenta y ocho improntas de sandalia. Los grabados están efectuados con gran precisión por medio de repicado fino y regular. En las improntas de sandalia —se trata siempre en este caso de pies calzados— se pueden distinguir hasta ocho tipos en atención a su distinta complejidad formal. Estos tipos o variedades son: contorno simple, con tendencia oval, que puede ser una esquematización del pie o de la sandalia. El procedimiento empleado no ha sido el de contornear un pie humano real, pues las formas son irregulares y las

¹⁸ CAMPS, 1975; 331.

¹⁹ MALHOMME, 1959.

²⁰ MALHOMME, 1953; 259, fig. 37.

²¹ HERBER y DAVID, 1933; 29, fig. 1.

²² LHOUE, 1961-62.

dimensiones muy variables, siendo frecuentemente las figuras más reducidas que el pie humano normal (n.^{os} 2, 7, 18, 27, 41, 42, 45, 57, 78, 80, 96, 98, etc.). El segundo tipo representado por cinco ejemplares tiene las mismas características que el precedente, pero lleva en el interior de la superficie grabada una línea transversal que marca la separación del tacón (n.^{os} 11, 12). El tercer tipo, con sólo dos ejemplares en el conjunto, tiene unos enganches laterales que deben corresponder a bridas para atar la sandalia. Los restantes modelos son variantes de éste último, presentando las correas para sujección figuradas por diversos trazos (n.^{os} 127, 153, 122, etc.). Improntas de este tipo hay también en Marohonma y en el Oued Tamanari²³.

En el conjunto de grabados de Metlil des Chaamba²⁴, entre Ghardaïa y El-Golea, se encuentran igualmente numerosos pies grabados, de pequeño tamaño. Se señala solamente el contorno, y en algunos casos se indican peculiaridades del calzado (tacón, etc.). En esta estación puede advertirse una cierta variedad técnica, pues mientras unos grabados están ligeramente patinados y formados por rayas paralelas que acaban constituyendo un trazo, otros se obtienen por repiqueteado de la roca. Hay en el mismo conjunto improntas de manos, signos cruciformes, cuadrados, etc.

Un lugar particularmente interesante para nuestro actual objeto es Taouz, en el S.E. marroquí²⁵. Se hallan allí tres conjuntos de grabados rupestres escalonados en la orilla izquierda del Ziz. La mayoría de ellos representan carros de uno o dos timones pero hay también animales (bóvidos y antilópodos) y algunos otros geométricos y atípicos. Se encuentran también improntas de pies calzados con sandalias. En este caso su pátina es mucho más clara que los grabados de carros, y además en un ejemplo, uno de estos pies se superpone a un carro, lo que indica su menor antigüedad. Por otra parte, en una laja horizontal y lisa hay dos huellas rectangulares o trapzoidales de unos 15 cm. de largo por 6-3 de ancho, separadas una de otra por unos 20 cm. y realizadas por técnica de repicado. Junto a las improntas hay una representación de escorpión o serpiente y otro trazo que pudiera ser una estilización antropomorfa. Pero es interesante subrayar la presencia del escorpión o la víbora junto a las improntas de pies.

Otro lugar especialmente significativo es Tiratimin, en el Inmidir, topónimo que puede traducirse por «collado de las pequeñas sanda-

²³ PUIGANDEAU y SEOANES, 1953.

²⁴ VOIGNIER, 1964.

²⁵ MEUNIE Y ALLAIN, 1956.

lias»²⁶, donde se hallan cientos de estas representaciones, con trazo puntillado o percutido y con distintas pátinas. Al igual que en el Oued Lar'ar. Las representaciones pueden distribuirse aquí en tres grupos: contornos simples, sin ningún otro detalle interno o externo; contornos con detalles internos o externos (tacón, bridas para amarrar, etc.), y contornos con los dedos indicados esquemáticamente. De todos modos, el tipo más común es el primero. La relación podría ser interminable, pues el motivo de la impronta del pie, descalzo o calzado, se halla enormemente difundido en Africa, desde Egipto a Costa Marfil e incluso a Angola; especialmente en el Sahara. Pero las localizaciones no africanas no son menos numerosas y dispersas. En efecto en el Viejo Continente se encuentran en los conjuntos rupestres de tipo atlántico, especialmente en Portugal, por ejemplo en Ferraduras de Benfeitas, junto a Oliveira da Frades²⁷, y en otras muchas localidades, denominándoseles «pegadas» o «pegadinhas». En Galicia, sin ser muy comunes, no faltan tampoco, por ejemplo en el conjunto asociado a Santa Tecla, en La Guardia, o en Fregoselo, Vigo. Fuera de la Península su dispersión alcanza de la Saboya francesa a Suecia, incluyendo Bretaña e Irlanda. En Saboya en Lanslevillard existe un importante conjunto de más de treinta pares de pies humanos con unas dimensiones medias de 0,50 a 0,25 cm.²⁸

Un motivo tan extraordinariamente difundido es difícil de interpretar, y naturalmente no cabe hacerlo en un sentido unívoco. Desde luego los pies descalzos de Tindaya pueden considerarse vinculados, de manera mediata o inmediata, a la misma inspiración aunque presenten cierta originalidad, y responden también al mismo prototipo que los contornos de sandalias africanos, por ello resulta forzoso detenerse en dos cuestiones, la datación de estas improntas y su posible significado.

En cuanto al primer aspecto, es sabido que la datación de los grabados rupestres del Norte de Africa está bien establecida en una secuencia que va del VII milenio a la Protohistoria y aun más recientemente. En síntesis esta sucesión sería:

—Estilo naturalista del búfalo antiguo y estilo de Tazina, que se iniciaría con la neolitización y ocuparía los milenios VII, VI y V.

—Estilo de pastores de bóvidos, correspondiente a un neolítico medio de tradición capsense, y en el Sahara a la industria de Tenéréen, por lo tanto entre el IV y II milenios.

²⁶ LHOE, 1952: 597-99.

²⁷ ANATI, 1966-67: 119, fig. XV.

²⁸ SOBRINO LORENZO-RUZA, 1947, con referencias bibliográficas concretas.

—Estilo de jinetes y carros.

—Estilo subactual, líbico y bereber²⁹.

Respecto a este esquema puede haber alguna ligera discrepancia o variación local³⁰, pero el conjunto es válido para todo el amplio territorio considerado. Los grabados que aquí nos están ocupando pueden, sin riesgo de error, adscribirse a los últimos períodos. En el Oued Lar'ar hay sandalias asociadas a carros y en Taouz claramente superpuestas a ellos. En algunos casos se encuentran reunidas improntas e inscripciones alfabéticas líbico-bereberes. Aunque el origen del motivo pueda ser más antiguo, y de hecho lo es probablemente, su difusión y generalización no puede ser anterior al II milenio. Lhote³¹ ha señalado que sólo en los grabados más recientes de época líbico-bereber se encuentran figuras de numerosos contornos de sandalias y contornos de pies. De este modo, el motivo se encuadraría en unos límites cronológicos definidos, aunque sea grosso modo.

Más compleja es su posible interpretación. Es muy probable su relación con algún ritual mágico³² y la asociación de reptiles y arácnidos venenosos con las huellas sugeridas en el conjunto de Taouz es significativa. Por otra parte, Lhote, que ha estudiado esta cuestión detenidamente, observa que estos grabados se sitúan casi siempre en las proximidades de pasos difíciles, gargantas, barrancos, puertos, etc., lugares que para los touaregs eran proclives a la intervención de los «ëfri» o pequeños espíritus maléficos. Su interpretación, aunque sea incierta su intencionalidad, va por tanto hacia el terreno de la magia, en el que se incluyen también las representaciones podomorfas europeas y de la Península³³. Otro probable punto de conexión entre el símbolo y el rito pudiera estar en el contacto del pie y la sandalia con el suelo, el polvo y las impurezas. La universalidad del motivo, su permanencia en el tiempo, y lo polivalente de su simbolismo son abrumadores, e igualmente es indudable su vinculación con cultos religiosos. Por ejemplo, cabría evocar algunas manifestaciones del mundo clásico, como los pies votivos de carácter scrápeo o las lápidas votivas con huellas, exponentes de ese universalismo. En el Islam marroquí se veneran los pies grabados y sus representaciones se hallan en algunas mezquitas³⁴. En los «ksars» del

²⁹ CAMPS, 1975; 224.

³⁰ LHOE, 1964, DAVID, 1967; 170.

³¹ LHOE, 1952; 596.

³² LHOE, 1961-62; 143.

³³ LHOE, 1952; 606-607.

³⁴ Sobre lápidas romanas votivas, FERNANDEZ CHICHARRO, 1950, pies votivos, GARCIA BELLIDO, 1956, en las mezquitas, GATTEFOSSE, 1933.

sur de Tunicia las paredes se hallan materialmente recubiertas de jaculatorias y relieves de pies y manos, considerándose los protectores frente a espíritus. También podría hacerse alusión en este contexto a la piedra que según tradición bien documentada estaba incrustada en el pino que da nombre a la advocación mariana de Teror, Gran Canaria, y en que según el historiador del siglo XVII padre Sosa, «están en medio de esta milagrosa piedra señalados dos pies»; probablemente no sería muy difícil inventariar ejemplos de asociación de improntas de pies con imágenes de culto cristianas. Con todo, abundar excesivamente en este terreno puede resultar inadecuado ahora. El signo pediforme es demasiado genérico para poder atribuirle una sola y unívoca interpretación, y la generalización como amuleto de otro órgano anatómico, la mano, con sus múltiples interpretaciones, aconseja prudencia³⁵. Sobre los grabados rupestres y su interpretación puede especularse mucho y extraer de ellos hasta cosmogonías³⁶, pero aunque resulte más prosaico, es más lógico reducirse a lo poco que los hechos pueden revelar con certeza.

Volviendo a los signos de Tindaya, hay entre ellos además de los pies y rectángulos, otros varios como los anguliformes. Se trata de un símbolo muy simple y por tanto repetido, habiendo en las islas Canarias algún ejemplo. En Africa los hay en Koundiat El Movissiéra, en el Atlas, reproduciéndolos Malhomme (n.ºs 31, 33, 38, 39). Juan Cabré, que describió y estudió estos signos en conjuntos parietales de la meseta castellana, en las cuevas de Poyadillos y del Tambor y en la Cañada del Monte³⁷, los interpretó como esquematizaciones máximas de la figura femenina datándolos como culminación de un proceso en un «período relativamente moderno del eneolítico, o más bien de las primeras edades de los metales»³⁸. También se encuentra este motivo en el arte rupestre galaico-portugués y en Extremadura, considerándolo Anati elemento muy tardío del ciclo³⁹. En Cabo Cantín hay formas análogas que se han interpretado como huellas de caballos, pero esta explicación queda descartada, en principio, para Fuerteventura donde no hay équidos hasta su introducción en el siglo XV ni los ejemplos de Tindaya lo sugieren.

³⁵ HERBER, 1927.

³⁶ SIMONEAU, 1965.

³⁷ CABRE AGUILO, 1940-41.

³⁸ Idem; 333 y 343.

³⁹ ANATI, 1966-67; 59.

VI. CONCLUSIONES

El conjunto de grabados rupestres de Tindaya, sin nada análogo en el Archipiélago, enlaza, como se ve, con un motivo ampliamente difundido en petroglifos de Europa y Africa. En este último caso, con una datación precisa *post quam*, el II milenio a.C., y muy prolongada vigencia. La asociación con material arqueológico aborigen autoriza a atribuir a los grabados esa condición, pues no hay que olvidar que a lo largo del siglo XVI las cabalgadas de los señores de la isla en las costas africanas poblaron la misma de berberiscos que pudieron haber importado el motivo y la práctica de grabar, cuya vigencia en Africa por entonces cabe suponer. La hipótesis queda, sin embargo, descartada en principio, y los grabados de Tindaya pueden legítima y fundadamente suponerse obra de los aborígenes de Fuerteventura. Puede también admitirse que la inspiración del motivo principal, como tantos otros factores culturales de la prehistoria isleña, tiene su origen próximo en Africa, aun respondiendo a corrientes más remotas y amplias. Pero las diferencias respecto a los conjuntos africanos son también notables, entre ellas la ausencia entre los grabados de Tindaya de pies calzados, al menos de forma inequívoca, mientras los descalzos son excepcionales en Africa. Las excavaciones no han arrojado hasta la fecha nada que pueda relacionarse con el calzado de los indígenas, ni en piel ni en esparto. Su existencia y uso entre la población prehispánica es, pues, dudosa. Un autor de principios del siglo XVII, el padre Abreu Galindo, en general bien informado sobre las costumbres y usos aborígenes, la da por supuesta, y de un modelo específico tomarían, según él, los naturales de Fuerteventura su gentilicio tradicional⁴⁰, aunque es una etimología nada segura y para esa denominación hay otras propuestas. No es posible pronunciarse, por tanto, acerca de si el uso del calzado era o no general y tampoco es posible saber si los pies descalzos grabados en Tindaya son o no algo excepcional. Otras diferencias son meramente formales, gráficas; los grabados de Fuerteventura son mucho más esquemáticos que los conocidos en otros lugares. Las improntas no tienen el perfil del pie humano normal, sino que son de contorno marcadamente rectangular.

En cuanto a la interpretación de los grabados, a su razón de ser, tampoco es mucho lo que puede concluirse, descartada por supuesto la intencionalidad meramente ornamental. Indudablemente la cumbre de Tindaya es un lugar que puede considerarse sacro, o al menos muy especial: aislado, de difícil acceso, dominando un amplio panorama, etc.;

⁴⁰ «...mahos calzados, de donde son llamados mahoreros» (ABREU).

toda su topografía le adjudica tal carácter. La cerámica que en el mismo recoge, señalada por su finura, sin ser desconocida en otros lugares de la isla, no es muy común, siendo sin embargo la única que ha podido encontrarse aquí, un dato más que abunda en la peculiaridad del sitio. En cuanto a la posible explicación o explicaciones del motivo más común, el pie humano, cabe remitirse a las apuntadas para los casos africanos: su relación con la impureza y con los reptiles y arácnidos venenosos, en este caso más directamente vinculados al calzado que preserva de sus picaduras. Pero si ésta es una explicación lógica para el Sahara y otros ámbitos, donde esos animales abundan, no lo es tanto para Fuerteventura donde no existen. Por tanto, habría que pensar en una transposición desvinculada de sus auténticas motivaciones originarias, aunque hay una figura de línea quebrada (Lám. I, 2) que pudiera identificarse como una víbora, pese a que, como ya se ha dicho, no existan en Canarias. Una última explicación, apuntada por Lothe, es la de la posible relación de este tipo de grabados con lugares de paso adversos o peligrosos, pero tampoco resulta válida en nuestro caso, pues Tindaya es lo más alejado a un lugar de paso. Todo lo contrario, a Tindaya hay que ir ex-profeso, por un camino difícil y duro que no lleva a ningún otro sitio. La elección del lugar no es, pues, accidental; los grabados se hicieron en esa cumbre porque se eligió ese lugar precisamente para ello.

Así pues, la interpretación más plausible aboca la conexión de los grabados con ritos o motivaciones de orden mágico o religioso, cuya base ideológica, sin embargo, no resulta fácilmente determinable. En relación con ello hay un detalle digno de ser tenido en cuenta: la inexistencia de signos de cristianización, cruces, superpuestos o yuxtapuestos al conjunto de grabados. El fenómeno es bien conocido en otros lugares, por ejemplo Galicia, y de su ausencia en los conjuntos canarios se ha deducido la posibilidad de que hubiesen perdido ya su significado ritual o mágico en el momento de la conquista y cristianización⁴¹. Estos signos, sin embargo, se encuentran en, por lo menos, un conjunto de petroglifos de las Islas, el inédito de Tenerife a que se hizo alusión al principio. Pero es muy poco lo que a ciencia cierta sabemos de la aculturación para poder establecer que en aquel momento los grabados habían perdido hacia tiempo su sentido originario y ya no se ejecutaban.

El carácter por ahora excepcional de esta estación de Tindaya limita las posibilidades de pronunciarse de modo rotundo en muchos aspectos. Habrá que confiar en que nuevos hallazgos similares, en la misma o distintas islas, arrojen mejor luz sobre tantos puntos como de momento deben quedar necesariamente en penumbra.

⁴¹ BELTRAN, 1971.

BIBLIOGRAFÍA

- ABREU GALINDO, Fray Juan de (1632): «*Historia de la conquista de las Islas Canarias*». Edc. Santa Cruz de Tenerife, 1940.
- ÁLVAREZ DELGADO, Juan (1942): «Voces de Timanfaya». *Revista de Historia*, t. VIII, n.º 57, Enero-Marzo.
- (1949): «Petroglifos de Canarias». *Revista de la Real Sociedad Geográfica*, t. LXXXV, n.º 7 a 9; Jul.-Sep.; 428-51.
- ANATI, Emmanuel (1966/67): «L'Arte Rupestre Galiego-Portuguese: Evoluzione e Cronologia». *Arquivo de Beja*, vol. XXIII-XXIV; 51-122.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio (1971): «*Los Grabados del Barranco de Balos. (Gran Canaria)*». El Museo Canario-C.S.I.C. Las Palmas.
- (1971 b): «El arte rupestre canario y las relaciones atlánticas». *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 17; 281-306.
- (1974): «Cuestiones sobre la cronología de la Cueva Pintada de Gáldar (Gran Canaria)». *Zephyrus*, XXV; 309.
- (1975): «Religion préhispanique aux Canaries: L'apport des gravures rupestres». *Symposium international sur les religions de la Préhistoire*. Valcamónica, 1972; 209-220.
- (1978): «Los petroglifos canarios» *Historia* 16, n.º 23, Marzo.
- BELTRÁN, A. y ALZOLA, J. M. (1974): «*La cueva Pintada de Gáldar*». Monografías Arqueológicas, XVII. Zaragoza.
- BERTHELOT, Sabin (1876): «Noticias sobre los caracteres jeroglíficos grabados sobre las rocas volcánicas de las Islas Canarias». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, I, n.º 3, Septiembre; 261-79.
- (1878): «Nouvelles découvertes d'antiquités á Fuerteventura (Canaries)». *Revue d'Anthropologie*, vol. 7; 252-66.
- (1879): «*Antiquités Canariennes, ou annotations sur l'origine des peuples qui occupèrent les Iles Fortunés depuis les premiers temps, jusqu'à l'époque de leur conquête*». Paris.
- CABRÉ Y AGUILÓ, Juan (1970/41): «Pinturas y Grabados rupestres esquemáticos de las provincias de Segovia y Soria» *Archivo Español de Arqueología*, t. XIV; 316-44.

- CAMPS, G. (1975): «Symboles religieux dans l'art rupestre du Nord de l'Afrique». *Symposium international sur les religions de la Préhistoire*. Valcamónica, 1972; 323-33.
- CHIL Y NARANJO, G. (1876/80): «Estudios históricos, climatológicos y patológicos de las Islas Canarias». T. I, 1876, t. II, 1880. Las Palmas.
- DAVIES, Oliver (1967): «*West Africa before the Europeans. Archeology and Prehistory*». Londres.
- DIEGO CUSCOY, Luis (1955): «Nuevas consideraciones en torno a los petroglifos del caboco de Belmaco (isla de La Palma)». *Revista de Historia*, t. XXI, n.º 109-112, Enero-Dic.; 6-29.
- (1958): «Los grabados rupestres de Tígalate Hondo (Mazo. Isla de La Palma)». *Revista de Historia Canaria*, t. XXIV, n.º 123-24, Jul.-Dic.; 243-54.
- (1963): «*Paletnología de las Islas Canarias*». Publicaciones del Museo Arqueológico, Santa Cruz de Tenerife.
- (1973): «*Museo Arqueológico de Tenerife*», Santa Cruz de Tenerife.
- F. C. (= Fermín Caballero ¿?) (1876): «Jeroglíficos de la Isla de Hierro». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. I, n.º 6, Diciembre; 561-62.
- FERNÁNDEZ CASTAÑEYRA, R. (1883): «Antigüedades de Fuerteventura». *La Ilustración de Canarias*, n.º 21; 171-73.
- FERNÁNDEZ CHICHARRO, C. (1950): «Lápidas votivas con huellas de pies del Museo Arqueológico de Sevilla». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 56; 617 y ss.
- GARCÍA BELLIDO, A. (1956): «El culto a Sérapis en la península Ibérica». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. CXXXIX; 293-355.
- GATTEFOSSÉ, J. (1933): «Les pieds humains gravés des Aït Dadés». *Bulletin de la Société de Préhistoire du Maroc*, 2e. ann. n.º 1, 1-2 tr.; 37-38.
- HAUSSEN, Hans (1967): «Sobre el desarrollo geológico de Fuerteventura (Islas Canarias). Una breve reseña». *Anuario de Estudios Atlánticos*, n.º 13; 11-37.
- HERBER, J. (1927): «La main de Fathma». *Hesperis*, t. VII, 2 tr.; 209-19.

- HERBER, J. y DAVID, A. (1933): «Apropos des dalles gravés au Cap Cantín». *Bulletin de la Société de Préhistoire de Maroc*. 7e. ann. n.º 1, 1-2 tr.; 27-31.
- LHOTE, H. (1952): «Varia sur la sandale et la marche chez les touareg». *Bulletin de l'Institut Français d'Afrique Noire*. T. XIV, n.º 2, Abril; 596-622.
- (1961/62): «La station de chars gravés de l'Oued Lariar (Sud-Oranais)». *Libyca*. T. IX-X; 131-169.
- (1964): «Gravures rupestres de Tachourent et de Tag Zega (Sud Marocain)». *Libyca*. T. XII; 225-245.
- MALHOMME, J. (1953): «Aperçu sur les gravures rupestres de la région de Marrakech». *Hesperis*, T. XL. 1-2 tr.; 255-263.
- (1959): «Corpus des gravures rupestres du Grand Atlas». Rabat.
- MADOZ, Pascual (1846): «Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar».
- MEUNIE, J y ALLAIN, Ch. (1959): «Quelques gravures et monuments funéraires de l'extrême Sud-Est Marocain». *Hesperis*, T. XLIII. 1-2 tr.; 51-86.
- NAVARRO ARTILES, Francisco (1981): «Teberite». Edirca, Las Palmas.
- OLIVE, Pedro de (1861): «Diccionario estadístico-administrativo de las Islas Canarias». Establecimiento tipográfico de Jaime Jejús. Barcelona.
- OSSUNA Y VAN DEN-HEEDE, M. (1887): «Viaje a Anaga (Tenerife)». *La Ilustración Española y Americana*. Año XXI, n.º XXVII, XXVIII, XXIX; Julio-Agosto; 42-43; 55-58; 78-79.
- (1898): «Anaga y sus antigüedades». *Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Madrid*. XL, n.º 1, 2, 3.
- PELLICER CATALÁN, M. (1974): «Elementos culturales de la Prehistoria canaria. (Ensayo sobre orígenes y cronología de las culturas)». *Miscelanea arqueológica*. T. II; 145-162. Barcelona.
- PÉREZ DE BARRADAS, J. (1940): «Inscripciones canarias». *Archivo Español de Arqueología*, n.º 40; 68-69.
- SERRA, E. y MATA, A. (1940/41): «Los nuevos grabados rupestres de la isla de La Palma». *Revista de Historia*. VII.

- SIMONEAU, André (1965): «Le poisson symbole des finisteire Atlantique». *Hesperis/Tamuda*. Vol. VI; 53-77.
- SOBRINO LORENZO-RUZA, R. (1947): «Los signos podomorfos del petroglifo de Santa Tecla y los del mismo tipo conocidos hasta la fecha en Europa». *El Museo de Pontevedra*, 15.
- VERNEAU, R. (1882): «Les inscriptions lapidaires de L'Archipel Canarien». *Revue d'Ethnographie*. I; 273-87.
- VOIGNIER, J. M. (1964): «Les gravures rupestres de Metlili des Chaamba. Département des Oasis». *Lybica*. T. XIII; 343-47.
- WÖLFEL, D. J. (1965): *Monumenta linguae canariae. Die Kanarischen sprachdenkmäler. Eine studie zur Vor- und Frühgeschichte Weissafrikas*. Graz.



Fig. 1. Inscripciones lapidarias del barranco de La Torre, según Berthelot
(*Antiquités...*, L. 9)

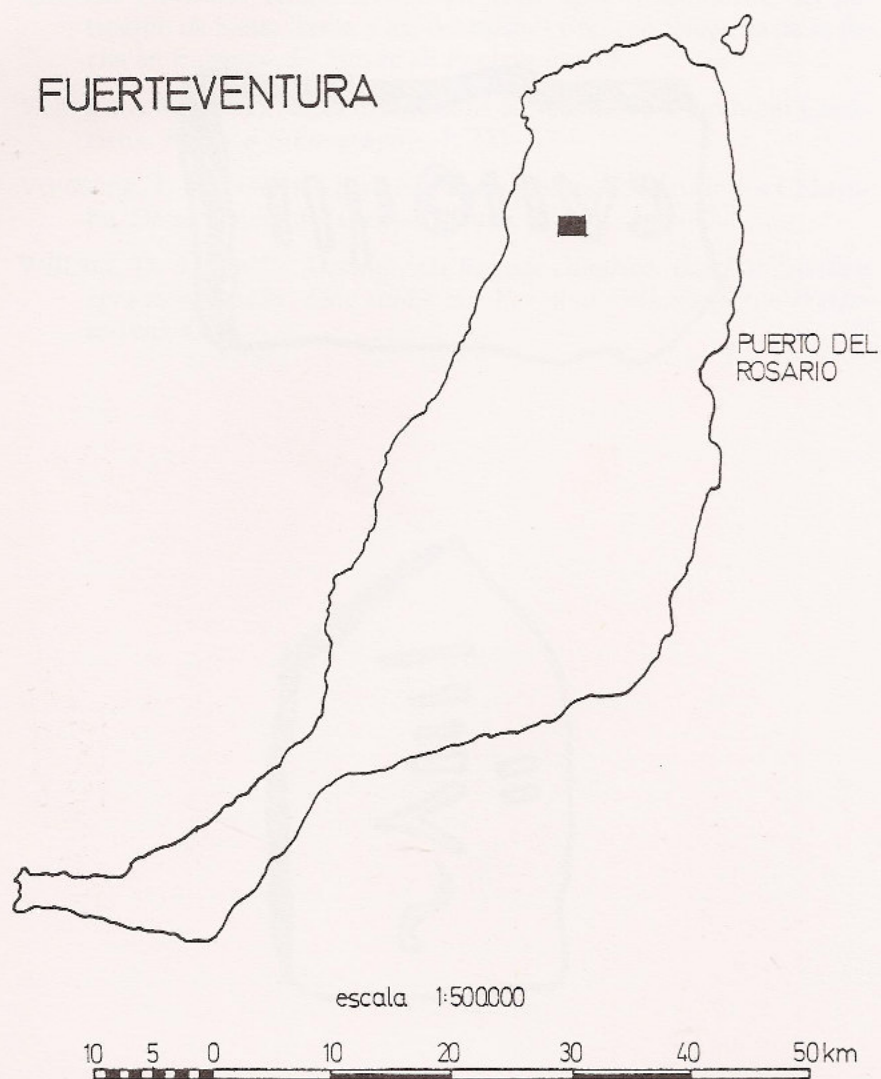


Fig. 2.

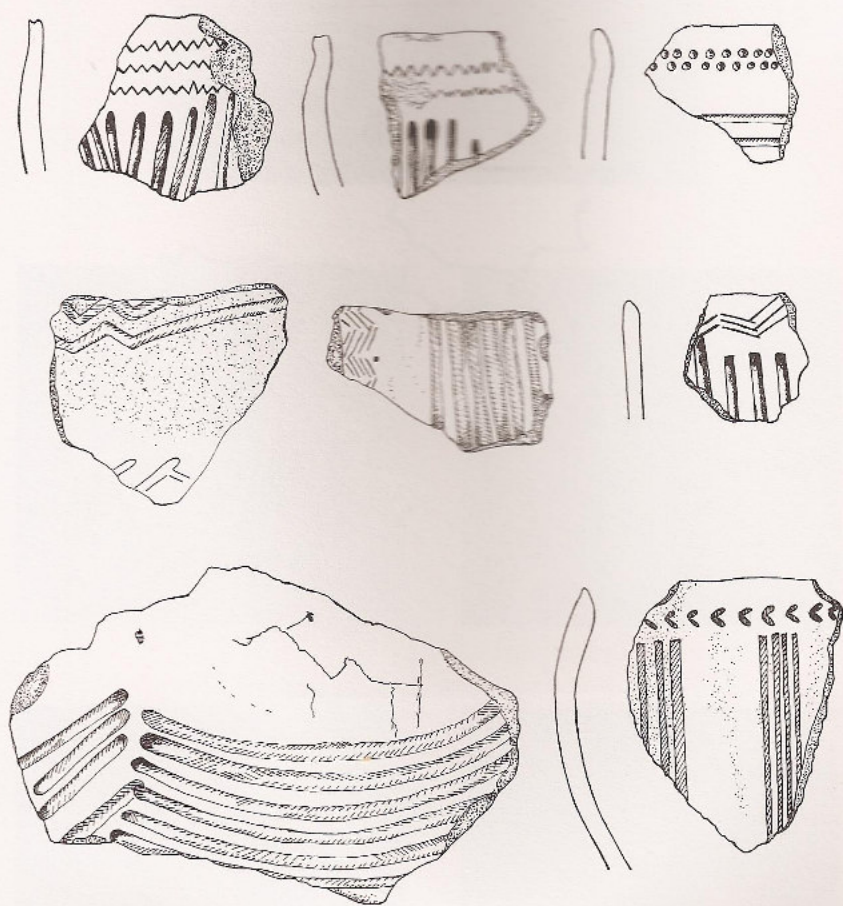
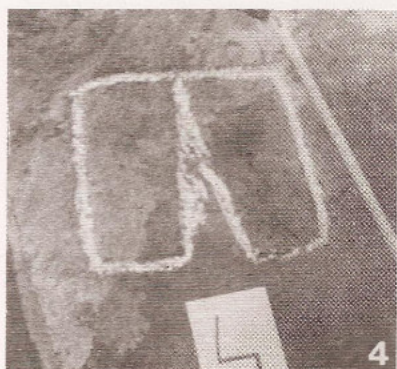
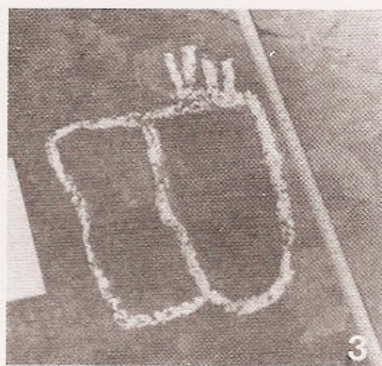
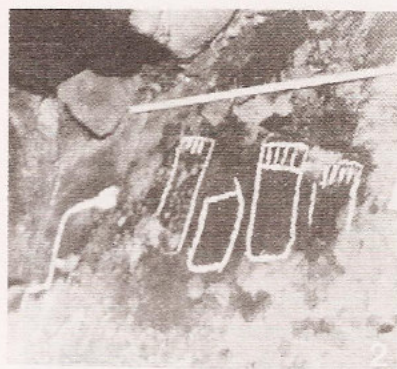


Fig. 3. Fragmentos cerámicos de la cumbre de Tindaya.

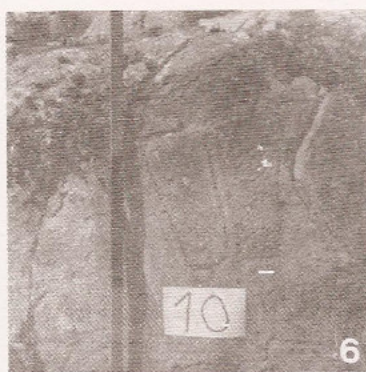
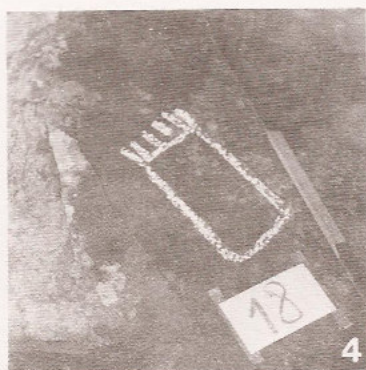
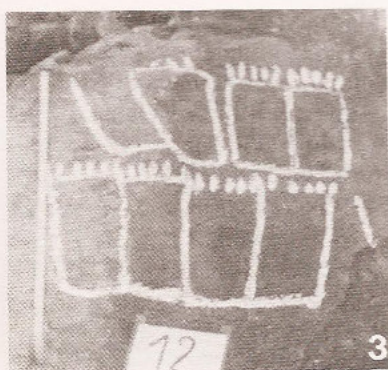
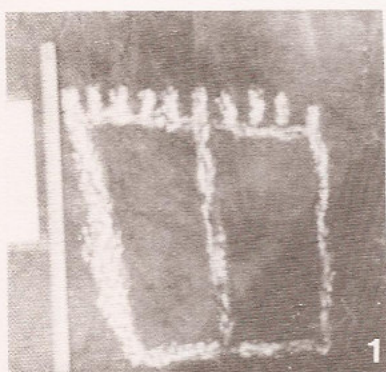


Fig. 4. Distribución aproximada de los principales petroglifos con signos podomorfos en el N.O. de Africa.

1. Cabo Cantin.
2. Atlas (Diversas estaciones).
3. Taouz.
4. Oued Lariar.
5. Metlili des Chaamba.
6. «Ksars» del sur de Túnez.



Lám. I. Monte Tindaya y algunos de los grabados de pies.



Lám. II. Grabados rupestres del monte Tindaya (Fuerteventura).